

COLEGIO "SAN JUAN BOSCO"	Servicio de Orientación
DOCUMENTOS PARA LA REFLEXIÓN EN FAMILIA	
PISTAS PARA ACERTAR	
<i>(Pista nº 73, Noviembre 2024)</i>	
Del "jalogüin" a los villancicos	

Ayer no más, como quien dice, desfilaban menudos y pequeños por pasillos y patios con sus disfraces oscuros y truculentos. Mañana casi -es un decir- esas mismas criaturas pasearán por idénticos patios y pasillos (o se subirán al escenario) con sus zurroneos y velos, sus mantos y coronas angelicales.

Del "jalogüin" a los villancicos, un suspiro. Mes y poco para que madrugar ya no cueste tanto aunque atardezca más pronto y parezca que el día dura menos. Mes y poco para terminar el año civil y volver a hacer balance y renovar proyectos. Cuarenta escasos días entre la casa con calabazas y telarañas de pega y los calendarios de adviento y flores de Pascua.

El otoño rueda por los suelos en las hojas que recogen los niños para sus trabajos infantiles y en los charcos donde se mira el adolescente preguntándose tantas cosas...

Transición de ropas y de ambientes. Acomodo de rutinas y resignación de parques que quedan para los sábados de sol y la aún muy lejana primavera.

Y, mientras, habrá que imaginar que sus mayores no estamos haciendo demasiadas tonterías. O, lo que es lo mismo, que ni por exceso ni por defecto, estamos "des-cuidando" lo único que, en realidad, es siempre urgente: quererles. Y quererles con toda la grandeza que quepa en el verbo. Quererles como son para que sean mejores a base de descubrir ellos mismos todo lo bueno que encierran. Quererles para que no recelen, desde tierna infancia, ni de los iguales ni de los adultos, a base de advertirles que el bien prepondera aunque no sea noticia, explicándoles, muy claro, que son las islas las que hacen más imponente al mar como el oasis al desierto.

Quererles, desde el ejemplo y la vivencia y no desde el discurso o la batallita. Quererles para que se quieran y nos quieran y vayan aprendiendo -poco a poco- a querer a otros. Porque nunca estarán solos, nunca, y solamente cuando experimenten la ternura, la cercanía y la ayuda de los otros que no son de su sangre, entonces las cosas tendrán otro brillo.

No es sentimentalismo, es pura constatación de que el ser humano es el único animal que necesita dar cien vueltas para llegar al mismo sitio. Y solamente tras alguna caída, no pocos sofocos y bastantes decepciones, concluir que se habían obviado la media docena de cosas que de verdad importan, esas mismas que siempre acaban aplazadas en las agendas del alma porque hay otras urgencias, otras premuras.

Pero, ¡claro!, estamos tan distraídos. O, mejor, ¡nos distraen con tanta habilidad!

Se nos dijo hace algún tiempo que seríamos los mejor informados y que, gracias a ello, alcanzaríamos más libertad y criterio de juicio. Se nos dijo que todo apuntaba a que sería más fácil y a muchas más personas alcanzar la felicidad gracias a todos los avances que la ciencia y la técnica nos iban deparando. Sin duda que se han producido logros que han mejorado cualitativa y cuantitativamente la esperanza y calidad de vida de muchas personas y naciones. Junto a ello, sin embargo, no han faltado los “polizones tóxicos” que se han colado en la nave del progreso y han acabado por infectar a no poca parte de la tripulación que la habita.

Si nunca fue fácil la tarea de criar y educar a un hijo, menos aún cuando todo el mundo se siente autorizado para opinar (¡o juzgar y preconizar!) extendiendo una niebla de dudas y contradicciones en la que es fácil confundir el camino y chocarse con todos los postes del itinerario.

Si sobre la presión que siempre ha supuesto intentar hacer que los hijos lleguen a ser hombres y mujeres de provecho, instalados en el mundo y desarrollando sus habilidades y sueños (cada uno desde su identidad y sus “rarezas”, sus virtudes y defectos) se añade la que procede de todos esos “rincones” del mundo o de la malicia que acaban por trasladarnos la idea de que si nuestro hijo no es diez en todo (de la escuela, del deporte o de los videojuegos) somos un fracaso de padre y de familia o, en la otra orilla, que si no dejamos que fluya libremente la personalidad y conducta de nuestros pequeños -aunque sigan asilvestrados y sin ningún respeto por los bienes ni por los demás- estamos abortando su creatividad y el afloramiento de su propia personalidad, entonces la cosa se pone bien difícil y no es de extrañar que se entre en un bucle paranoico y autoinculpatorio en el cual nos acabamos mareando dándole vueltas al “dónde nos habremos equivocado” y al “qué estaremos haciendo mal.”

Tenemos un importante desafío: redescubrir que solamente si somos capaces de desprendemos de tantas y tantas capas de insensateces y sinsentidos que se nos van adhiriendo a la piel como los mosquitos al parabrisas, seremos capaces de ver con claridad lo que tenemos delante y a los lados, pudiendo así tomar las mejores decisiones en la “conducción” de nuestra vida y la de los que tenemos a nuestro cargo. Porque no es que no conozcamos el camino es que se nos oscurece con la cantidad de “humo” que se acaba acumulando desde todos los incendios de la cotidianeidad: campañas y noticias, movimientos y reacciones. Expertos para lo uno y su contrario. Red de datos, informaciones y

testimonios que nos acaban atrapando y de la que no es tan fácil salir. Y ellos, nuestros menores, ahí. Contemplando nuestras tensiones y nuestros anhelos, sobresaltándose cuando nos ven aplaudir o por lo que le decimos al televisor, como si nos pudiera oír, en los momentos de máxima indignación.

Tenemos un importante desafío: sincerarnos con nosotros mismos y aspirar para nosotros mismos y para los nuestros no a ser el mejor o la mejor sino lo mejor.

Decíamos que del “jalogüin” a los villancicos había un suspiro. Pues una para desengrasar mientras llegan esas mañanas y tardes tan distintas que suenan a lotería y regalos y saben a mazapán y nostalgia. Hace unos días se preguntó a un mocito de cuatro años, de éstos que aún se pelean por poner la lengua en su sitio para que le salgan las palabras entendibles, si sabía quién llegaba en Navidad, que traía regalos a los niños que se portaban bien y que empezaba por “los Ree...” a lo que el niño, en su absoluta candidez, respondió -sin dudarle- “nos”.

Efectivamente, en Navidad llegan los Renos. Sobran los comentarios.

¡Ojalá! que nada ni nadie trunque las ilusiones de un niño ni los mejores recuerdos de un abuelo.

¡Buen provecho!

<o><O><o>